

Cuadernos del Sur

Año 17 - Nº 31

Abril de 2001

Tierra
del  fuego

Adiós a la política

Joachim Hirsch

La política solía entenderse tradicionalmente como algo relacionado con la transformación de condiciones y relaciones sociales, con luchas por intereses, con objetivos socioeconómicos y concepciones de orden. Se la consideraba democrática cuando los afectados podían participar en cierta forma de ella —aunque, por cierto, bajo las condiciones del capitalismo burgués, esta participación sólo pudiera darse de manera muy limitada.

Hoy, tanto la capacidad configuradora como también el carácter democrático de la política están cuestionados. La definición imperante de la política la reduce cada vez más claramente a la administración más o menos eficiente del orden existente, a la adecuación más o menos lograda a imperativos supuestamente objetivos e inamovibles, productos de una tecnología desencadenada o de un mercado mundial incontrolable.

La discusión política ya no gira alrededor de la definición de objetivos sociales alternativos, ni siquiera de intereses en conflicto, sino del gerenciamiento del status quo.¹

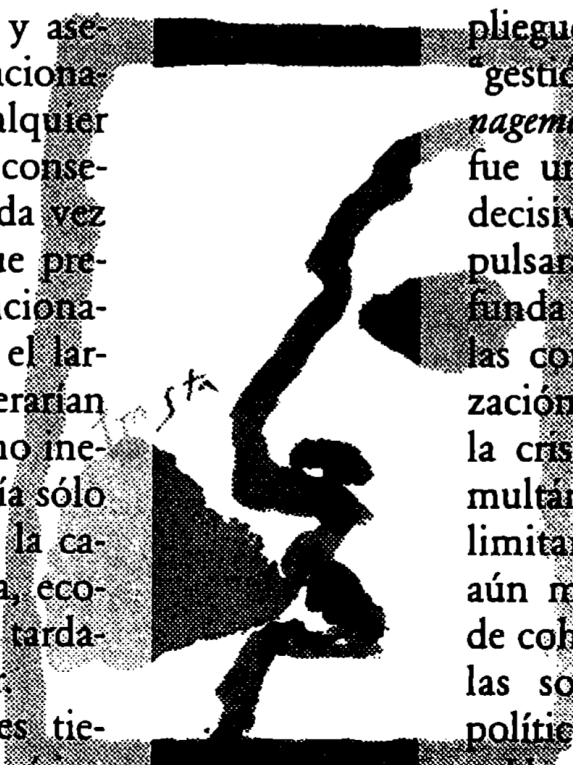
Y muchos de los que se identificaban antes con la izquierda y se consideraban de alguna manera opositores al sistema, hablan hoy de “civilizar” el capitalismo, de munirlo de elementos democráticos y de derechos humanos, lo cual alguna vez y, con toda razón, se decía incompatible por principio. Por otra parte, esta situación también está conduciendo a que cada vez sean menos los individuos con expectativas hacia el quehacer político, a que se imponga una percepción del escenario político como una sección poco entretenida del *show business* mediático y a que crezca la tendencia a juzgar al personal político menos por los resultados de su accionar que por su presencia, su simpatía o “credibilidad” actuarial.

El hecho de que la política se redujera a una suerte de administración de la competitividad nacional² se relaciona estrechamente con los cambios sociales ocurridos desde los años setenta a consecuencia de la crisis del capitalismo fordista de posguerra: por una parte, la reestructuración neoliberal denominada "globalización"; por la otra, el ocaso del "socialismo real" y, concomitantemente, el fin de la confrontación entre sistemas. Si fuera cierto que se llegaba al "fin de la historia", como en ese entonces se decía (Fukuyama), también implícitamente se hubiera alcanzado simultáneamente el fin de la política en mayúsculas. Pues, donde ya no existieran alternativas históricas, no quedaría nada para transformar y sólo habría que garantizar la permanencia del orden existente y asegurar su regular funcionamiento contra cualquier falla eventual. Las consecuencias sociales cada vez más catastróficas que precisamente este funcionamiento produce en el largo plazo se considerarían tan lamentables como inevitables. Así, quedaría sólo la esperanza de que la catástrofe sociopolítica, económica o ecológica tardase algo más en llegar.

Tales percepciones tienen un trasfondo empírico

real. Por un lado, el rotundo y definitivo fracaso de los grandes proyectos de transformación social del siglo XX, es decir, de los experimentos de transformar la sociedad por medio del Estado, tanto de los reformistas socialdemócratas como del socialismo estatal autoritario. Por el otro, existe la aparente paradoja de que aquellos estados que lograron con el triunfo del fordismo una capacidad bastante amplia de regulación en el sentido de un Estado benefactor keynesiano y de esta manera constituirse en el siglo XX materialmente como "Estados nacionales" con capacidad de integración económica y social, autolimiten ahora, "globalización" neoliberal mediante, radicalmente sus espacios de acción política y su potencial transformador. Este "repliegue" del Estado a una "gestión magra" [*lean management*] de la sociedad fue uno de los requisitos decisivos para que se impulsara una vasta y profunda reorganización de las condiciones de valorización del capital luego de la crisis del fordismo. Simultáneamente se fueron limitando sin embargo aún más las posibilidades de cohesionar y configurar las sociedades mediante políticas estatales.

Un componente de este



proceso de transformación es la internacionalización del Estado que se manifiesta en el desplazamiento creciente de las decisiones políticas relevantes hacia un sistema complejo de organizaciones políticas e instituciones internacionales y en la articulación directa de partes importantes del aparato estatal con los intereses de los mercados financieros internacionales de capitales sus instituciones (FMI, Banco Mundial, Grupo de los 7, etc.). En consecuencia, son esencialmente los ministerios de hacienda y los bancos centrales los que definen las políticas, otra razón cómo algunas áreas políticas decisivas se sustraen prácticamente a la influencia por las vías y los procedimientos usuales, o sea a las elecciones democráticas y a la legislación parlamentaria. Así, un ejemplo de las modificaciones institucionales más significativas de la transformación neoliberal de los aparatos estatales constituye la creciente autonomía y desvinculación de los bancos centrales con respecto a los procesos democráticos. A consecuencia de los procesos amplios de privatización y el poder creciente del capital transnacional, las decisiones políticas se desplazan cada vez más a sistemas mixtos de negociación poco transparentes y desligados en gran medida de los procesos democráticos formalizados.

La transformación de los Estados nacionales se vincula, por último,

con el surgimiento de un sistema mundial unipolar caracterizado por el predominio de un pequeño grupo de metrópolis, bajo la conducción de los EE.UU, sobre los Estados “débiles” de la periferia. En combinación con las consecuencias económicas y sociales del proceso de globalización se reducen así aún más los márgenes de acción política para cada Estado nacional, produciéndose al mismo tiempo nuevos conflictos: por un lado guerras civiles, masacres “étnicas”, intervenciones militares “humanitarias” tendientes a asegurar los intereses de los Estados fuertes frente a los débiles, y por el otro, “fundamentalismo” y “terrorismo”.

Así, el concepto tradicional de política pierde uno de sus fundamentos esenciales, aquél que concebía al Estado moderno como soberano dentro del ordenamiento “westfaliano”³ de Estados. Si hasta ahora la anarquía del universo de Estados era el principio determinante de la organización política del capitalismo global, actualmente lo está reemplazando la anarquía de un imperio casi omnímodo atravesado por conflictos y contradicciones complejas y controlado por un entramado jerárquicamente estructurado de organismos internacionales, consorcios multinacionales y no por último por organizaciones delictivas de tipo mafioso. Dentro de esta nueva “sociedad mundial” capi-

talista, el aparato que ejerce la violencia física de las metrópolis dominantes, encarnada por la OTAN, está llevando a cabo algo así como una guerra civil permanente. En esta nueva estructura política se van erosionando las condiciones tradicionales de la acción política, basadas en la capacidad de los Estados nacionales para decidir y establecer regulaciones de manera relativamente autónoma.

En conjunto se socavan así tendencialmente las instituciones liberal-democráticas, que se ven vaciadas de contenido ante la pérdida de sus márgenes de acción y la aparente falta de alternativas políticas. Pareciera que con el siglo XX finalizaría también la era de la democracia liberal-burguesa.

Crisis de representación y transformación de la política en un espectáculo mediático

El descenso de la capacidad transformadora de la política estatal, combinado con crecientes desigualdades y fragmentaciones sociales desemboca en una situación que podría definirse como una profunda crisis de representación. Ya a fines de los años 60 Johannes Agnoli hablaba, haciendo referencia a los "partidos de masas" fordistas, del surgimiento de un "virtual partido único" dentro del cual las discusiones sobre el orden y desarrollo de la sociedad desaparecerían frente a un

descarnado conflicto por el poder entre cuadros políticos que compiten entre sí. Este partido único virtual o autodenominada "comunidad solidaria de los democráticos" se ha vuelto bastante real. Se presenta como una clase política compuesta por fuerzas sostenedoras del Estado que es bastante homogénea en cuanto a sus hábitos y conciencia, que se guía preponderantemente por intereses relacionadas con prebendas materiales, carreras e intereses individuales en desmedro de los partidarios —y que es, en este sentido, efectivamente libre de toda ideología. La política para ella ya no es una "profesión" en el sentido weberiano,⁴ sino una "ocupación", un vehículo para su carrera personal o peor aún, simplemente la oportunidad para el enriquecimiento personal, ya sea en pequeña o a gran escala. Si Joseph Schumpeter aún definía lúcidamente la esencia intrínseca de la democracia liberal como una lucha de elites que compiten por la aprobación plebiscitaria, actualmente pareciera que esta competencia entre elites se fue sustituyendo por un monopolio de hecho, dando lugar a un sistema de corrupción estructural donde efectivamente las nociones de "izquierda" y "derecha" dejan de tener sentido.

Los orientaciones políticas de la clase gobernante ya casi no se relacionan con objetivos sociopolíticos, ni siquiera con los intereses de gru-

pos específicos del electorado, sino exclusivamente con la consolidación de cargos y carreras individuales. En este contexto, las elecciones y los intereses del electorado aparecen como interferencias molestas en el funcionamiento regular del aparato político. Por lo tanto, se trata de manipularlos tácticamente, de obviarlos o en lo posible de neutralizarlos mediante artilugios discursivos. En vez de compensar o mitigar las emergencias, discriminaciones y fragmentaciones de la sociedad, en crecimiento con la reestructuración neoliberal, el objetivo es transmitir a las afectadas que se trata de “imperativos objetivos”, inmodificables e inevitables.

El principio neoliberal de austeridad define *ex ante* que es indispensable ahorrar y también en qué ahorrar: precisamente en los gastos relacionados con los sectores menos favorecidos de la sociedad. La política y la habilidad política se limitan entonces en transmitirles esta condición como inevitable.

La idea generalizada hasta hace poco de que un cierto grado de equidad y seguridad social es condición de existencia también de la democracia liberal, cedió ante el postulado de que la desigualdad genera rendimiento y éste a su vez crecimiento, sin tomar en cuenta de que hace rato que el crecimiento explosivo de las ganancias y la acumulación del capital dejó de implicar automática-

mente un creciente bienestar para las masas populares. Ocurre exactamente lo contrario. Pero esto implica que el predominio del principio de maximización de ganancias está entrando en un nuevo modo de contradicción en relación con la constitución democrática. La “contradicción de la constitución burguesa”, a la que se refería Marx, se manifiesta en esta forma histórica distinta aún con mayor contundencia.

La clase política, ocupada con la administración de los “imperativos objetivos”, se legitima cada vez menos a partir de su respuesta a intereses reales, sino por la consolidación de un universo discursivo que ante las condiciones económicas y políticas imperantes, va incorporando necesariamente ribetes racistas, nacionalistas y de una defensa chauvinista-populista del Estado de bienestar.⁵ De esta manera, la democracia liberal sigue perdiendo aún más sus significaciones universalistas y emanciparais; deja de ser un proceso social y un espacio de lucha por la libertad e igualdad para transformarse en el sostén del *status quo*. Así, especialmente las democracias de las metrópolis se transforman más que nunca en regímenes de *apartheid* social que se agotan en la defensa exacerbada contra todos aquéllos que pudiesen amenazar los privilegios aún persistentes.

Al renunciar a la invocación de necesidades e intereses reales y con

ella, a la movilización de contrapoderes democráticos, la clase política depende cada vez más e los que detentan el poder de hecho.

Al desligarse de los intereses reales de una sociedad en acelerada fragmentación, y orientarse hacia sus propios imperativos y las necesidades particulares de una "clase política" con creciente autonomía, la política se convierte cada vez más en una escenificación mediática, liquada en mero discurso y sometida a los mecanismos de una industria cultural y de comunicación de masas comercializada. Los partidos de masas tradicionales ya no son mediadores de una integración de las masas sustentada en lo material, como lo fueron en el fordismo, sino que se han vuelto algo así como aparatos estatales mediáticos. En el mercado de votos sólo venden fetiches de mercancía políticos en vez de valores de uso políticos. Los discursos políticos tienen la misma relación con el contenido efectivo de la política como la promesa de *libertad y aventuras* de la publicidad de cigarrillos con el contenido real del atado. Lo que cuenta es su presentación, el envase. Si éste no sirve, entonces quiere decir que hay "un problema de comunicación". Este término ya popularizado define con una franqueza sin igual la concepción de la política que caracteriza la democracia imperante de los imperativos objetivos.

La competencia monopólica de los aparatos partidarios tiene como objetivo primordial la diferenciación publicitaria del producto y la organización de debates televisivos de alto *rating* cuyo modo de presentación apenas disimula el consenso básico entre los contrincantes. Aquéllos que siguen creyendo en la diferencia de contenidos y sufren las consiguientes desilusiones, son considerados uno nostálgicos irrecurables. Es un hecho que la política, tal como se la concebía antes, está efectivamente pasada de moda, cosa de "tradicionalistas" anticuados. En realidad no es posible incumplir las promesas electorales, ya que de hecho no se las hace verdaderamente pues de entrada están supeditadas a la administración de la competitividad nacional. Se acepta como sobreentendido que los ganadores de las elecciones retiren rápidamente sus promesas. En consecuencia, resultan más importante qué comida le gusta al candidato electo, cómo se viste y qué fuma que lo que hace, salvo los errores publicitarios que pueda cometer en relación a la presentación de su imagen. Si eso llega a ocurrir, se requiere la intervención de los departamentos de propaganda y los estilistas políticos.⁶

En Alemania, la coalición gobernante de socialdemócratas y verdes está empeñada en llevar a la perfección esta mutación del concepto de política. Logró llevar a su máxima

expresión la transformación de la política un evento mediático, desarticulando sistemáticamente el discurso de la praxis política. El ejemplo más elocuente es la guerra en Kosovo. Con un discurso moralista, cargado de consternación democrática por los derechos humanos se encubrió exitosamente el verdadero porqué del bombardeo: la conservación del orden mundial imperante de la OCDE y el control de las zonas de influencia geoestratégica en conflicto entre los bloques hegemónicos.

Por eso, en contraste con sus antecesores, los gobernantes actuales en su carácter de especialistas del discurso sí están interesados en discusiones críticas e incluso las fomentan. Un ejemplo significativo para la creciente autonomía de la política discursiva fue el lanzamiento del *paper*, conocido como *documento Schröder-Blair* que desató un debate virulento en los periódicos, como si efectivamente se tratara de marcar el rumbo programático para el próximo milenio y como si los asuntos políticos no estuviesen dominados por la mera táctica de retener el poder. En consecuencia, la escenificación mediática y el encendido debate intelectual terminaron por ser desmentidos en la práctica.⁷

De esta manera, la actual formación política gobernante logró lo que no pudo su antecesora liberal-conservadora y que finalmente ha-

bía hecho fracasar a esta última: la imposición de una nueva hegemonía cuya lógica consiste en vincular



la política de la reestructuración neoliberal y del "Estado defensor de la competitividad nacional"⁸ con un discurso moralista de democracia y derechos humanos encubridoras de las relaciones fácticas de poder, violencia y sometimiento. Así logró de una manera sorpresiva obtener la adhesión de fuerzas y espacios opositores, neutralizándolos política e intelectualmente. Esto se denomina la construcción de la hegemonía mediante la revolución pasiva y la cooptación de los intelectuales. Una figura paradigmática en este sentido es Jürgen Habermas, quien hizo en su momento un aporte importante para la democratización de la cultura política alemana, iniciando el famoso "debate histórico", y sostiene ahora, en el contexto la intervención a los Balcanes, precisamente el discurso normalizador y de depuración histórica que antes había combatido. En este cambio profundo de la estrategia discursiva, los Verdes como integrantes de la coalición de gobierno y convertidos conjuntamente con sus seguidores a la *realpolitik*, desempeñan sin duda un rol es-

tratégico. Se debe sobre todo a este aliado que Alemania pudiese lograr finalmente la admisión como miembro pleno en el círculo de las potencias imperiales, legitimándola precisamente con los “valores”, en base a los cuales los Verdes criticaban antes las relaciones existentes de explotación y dominación. Esto no hubiera sido posible sin redefinirlas como conceptos que sintetizan en un sentido cercano al “chauvinismo del bienestar”, el modo de producción y de vida metropolitano, incluyendo sus bases económicas y políticas de poder.

En el discurso público dominante, “democracia” y “derechos humanos” se definen simplemente a partir de la práctica del bloque imperial del “mundo de la OCDE” y éste legitima precisamente a partir de allí su mandato autoadjudicado de policía mundial, allende cualquier derecho internacional codificado.

¿La crisis como oportunidad?

Contra las proclamas de sus propagandistas académicos y políticos, la estrategia de reestructuración capitalista de la globalización neoliberal no hizo emerger una nueva “edad de oro”, similar a la del fordismo de mediados de siglo. Ésta fue de todos modos una excepción histórica, debida también a la competencia intersistémica surgida de la Revolución de Octubre rusa. La ola de racionalizaciones “economizan-

tes de trabajo” y la redistribución del ingreso a escala global, con la consecuencia de una creciente pauperización en avance, conducen a una crisis estructural de sobreproducción que se manifiesta en tendencias deflacionarias y en una autonomización acelerada del capital financiero especulativo. Ésta a su vez refuerza la presión, bajo el imperativo de la valorización de las acciones para los accionistas (*shareholder-value*), en el sentido de una mayor racionalización en la industria, tanto de bienes como de servicios. La expansión capitalista está efectuándose cada vez en mayor medida mediante megafusiones, cuyo objetivo principal consiste en la racionalización y el control de los mercados. Contrariamente al palabrerío incesante sobre competitividad y rendimiento, el capital monopólico nunca tuvo un desarrollo concreto tan perfecto como ahora. Esto ha llevado a un desacoplamiento estructural entre crecimiento y empleo y por ende a una situación en la que el ascenso vertiginoso de las ganancias difícilmente puede justificarse como condición para el bienestar general. De esta manera, el desacoplamiento estructural entre acumulación, crecimiento y empleo bajo las condiciones del régimen de acumulación postfordista socava también las bases materiales del contexto de legitimación que había sido uno de las razones del “triun-

fo" del capitalismo en la competencia intersistémica. La erosión de las economías "nacionales" tras la internacionalización postfordista del capital y de la producción no sólo puso en jaque el concepto de política "nacional" sino incluso el de "sociedad". Cuando aparecen hoy, en la discusión académica y política, conceptos tan difusos como "sociedad mundial" o "caída de las fronteras", se está expresando una incertidumbre creciente respecto a lo que puede entenderse como "pueblo" —en el sentido político de un *demos* democrático con capacidad para tomar decisiones colectivas—, en un contexto de crecientes divisiones y fragmentaciones sociales. La paradoja de que las corrientes y orientaciones nacionalistas se hagan más notorias a medida que la "nación" va perdiendo su fundamento económico y social, sólo lo es en apariencia. No se trata tampoco únicamente de una consecuencia de la falta de referentes y de "problemas de identidad", sino que adquiere una importancia creciente como instrumento de dominación frente a las



decrecientes posibilidades de integración social de carácter material. En cualquier caso, hace tiempo que

el barco de la causa popular bajo bandera del Estado-nación se ha averiado y está haciendo agua. Ya no sirve para la travesía hacia mejores costas, pero aparece en el mar tormentoso de la economía globalizada como un bote salvavidas que deberá defenderse tenazmente contra todo tipo de naufragos, ya que promete —en el mejor de los casos— algunos privilegios relativos, aunque no los garantice. La liberalización incontrolada de los mercados de capital y financieros implica al mismo tiempo la inestabilidad estructural del sistema económico global que, al desaparecer una regulación relativamente coherente del mercado mundial, sólo puede protegerse contra el derrumbe de la pirámide de créditos acumulados y la explosión de las burbujas especulativas mediante permanentes intervenciones de emergencia.

Las expulsión global de fuerza de trabajo al igual que la creciente desigualdad y pauperización social conducen a una creciente informalización y precarización de las relaciones laborales, con la consecuencia de que también en las metrópolis capitalistas ya es normal que imperen condiciones propias del tercer mundo. Por supuesto que esto no significa "el fin del trabajo", ya que su explotación por parte del capital sigue siendo la base principal de la sociedad existente; pero sí que experimenta un cambio profundo. Esto

en el sentido de que la relación capitalista de explotación se sustenta cada vez menos en el trabajo asalariado formalizado y más en las formas de trabajo autónomo (por lo menos en apariencia) como también en muchas otras modalidades de empleo precario en sectores informales en expansión. Éstos actúan como mercados para bienes trivializados de consumo masivo, como reserva de fuerza de trabajo barata, dócil y de aprovechamiento flexible, como una suerte de depósito provisorio para desocupados y vertedero para desechos ecológicos y sociales. No hay duda de que bajo el régimen de acumulación postfordista existe una tendencia a que cada vez más personas se vuelvan prescindibles para el proceso de revalorización capitalista y ni siquiera puedan disfrutar de una relación de explotación relativamente regulada. Contrariamente a una visión romántica de la "economía de subsistencia" y del "sector informal" cabe recordar que en ningún caso estos espacios están totalmente escindidos del contexto de la reproducción capitalista, sino que siguen articulados con él de manera específica. Si el trabajo doméstico no remunerado al igual que el trabajo asalariado a condiciones que no aseguran su reproducción, especialmente el femenino, constituyeron siempre una base decisiva de las relaciones de capital, hoy es notorio el incremento de estas modalidades

femeninas" y "domésticas" del trabajo bajo nuevas formas. De todos modos, el "sector informal" es extremadamente polifacético al comprender tanto a profesionales con buenos ingresos, sobre todo en el sector de servicios a las empresas, como a relaciones laborales y de vida en extremo degradadas y marginalizadas. Los primeros también aprovechan de los últimos, ya que le permite, por ejemplo, conseguir personal de servicio a bajo costo. Una de las lógicas del modo postfordista de acumulación y regulación consiste en profundizar las fronteras entre el trabajo asalariado formal, en los núcleos privilegiados y los diversos sectores "informales" al mismo tiempo que los permeabiliza y los mantiene flexibles.

No obstante, el hecho de que cada vez más seres humanos sean marginados económicamente y excluidos del contexto formalizado de valorización implica un nuevo contexto de crisis: cuanto menos la relación de capital garantice el trabajo y sustento, tanto más prescindible se hace el capital desde una visión immanente al sistema. Por eso, las consecuencias sociales desastrosas de la llamada globalización hacen cada vez más evidente la crisis de hegemonía del capitalismo neoliberal. Lo que todavía lo sigue estabilizando y legitimando ideológicamente no son las promesas de una "sociedad mundial" mejor y más pacífica,

desmentidas hace tiempo en la práctica, sino la falta absoluta de una alternativa sociopolítica creíble. Esto se relaciona con el hecho de que desde el fin de la era socialdemócrata, las ideas y prácticas neoliberales se difundieron y arraigaron en casi todos los ámbitos de la sociedad y que tanto las desigualdades y divisiones sociales como la lucha de todos contra todos que impulsaron, dificultan enormemente la formulación de una opción sociopolítica. En consecuencia también está destinado al fracaso el proyecto de las socialdemocracias europeas neoliberales de crear un "neoliberalismo sustentable" mediante una mayor regulación e intervención estatal. Eso es así básicamente por la contradicción de querer preservar precisamente aquellas estructuras económicas de los "Estados competitivos", que provocan la crisis.

Por otra parte, cabe suponer que las formas de conciencia y prácticas "neoliberales" que lograron imponerse en sectores y ámbitos sociales amplios desarrollan a su vez sus propias contradicciones. El repliegue estratégico del Estado como instancia de integración material de la sociedad socava también las ilusiones asociadas al mismo, mientras que la erosión de los lazos sociales materiales debe necesariamente debilitar las identificaciones nacionales como base de la dominación capitalista-burguesa. El abandono a su suer-

te de los seres humanos convertidos en sujetos de mercado "responsables por sí mismos" podría también intensificar su afán de libertad y autonomía; la compulsión a la movilidad extrema y al perfeccionamiento permanente, además de aumentar su utilidad como fuerza de trabajo, podría también incrementar sus competencias político-sociales con miras a una mayor autodeterminación. Y, por último, aquéllos que ya no tienen más nada que esperar del capital, se verán obligados tarde o temprano a desarrollar sus propias formas de vida y reproducción. Los procesos impulsados por el proyecto neoliberal de individualización y división no necesariamente se mantendrán dentro de cauces funcionales, sino que podrían desarrollar dinámicas políticas y sociales propias.

¿Qué implica hoy una política emancipadora?

Hasta ahora, los debates relativos a esta cuestión giran en mayor o menor medida en torno a concepciones que apuntan a la recomposición funcional de economías y Estados nacionales; estas se complementan en algunos casos con versiones democratizadas del concepto de "gobierno global" (*global governance*). Subyace la idea de que las estructuras fordistas de regulación estatal podrían recomponerse de una u otra forma a nivel nacional como internacional, obviando en gran

parte las causas de la crisis del capitalismo fordista y con éstas las del fracaso de las políticas reformistas

desde el Estado. Del mismo modo queda sin reconocer que la reestructuración neoliberal no representa de ninguna manera un accidente histórico, sino el retorno a la normalidad capitalista tras el fin de los movimientos revolucionarios y reformistas de masas del siglo XX. Se omite el hecho de que las crisis profundas son características estructurales del capitalismo y que esta formación social presenta una dinámica que tiene implícita una permanente recomposición de sus relaciones económicas, sociales y políticas.

Si todos estos aspectos se consideran seriamente, hay que plantearse si en la actualidad el pensamiento político crítico no debería por principio trascender las categorías tradicionales —es decir estatales—, superando la identificación de “política” con “Estado”, de “poder” con “poder estatal” y, consecuentemente, si una política emancipadora entonces realmente debe proponerse mejorar el Estado.

Difícilmente. Frente a las experiencias del fracaso del socialismo estatal, al reformismo estatal y a la

supresión tendencial de la democracia liberal con el proyecto de reestructuración neoliberal —aunque sea de todos modos bastante limitada respecto en cuanto a la autodeterminación que posibilita—, se requiere más bien de una profunda revisión del concepto de política. Sobre todo en cuanto sigue primando la identificación de política con Estado, el pensamiento en categorías fundamentalmente burguesas de Estado y nación, de lo privado y lo público, de lo político y no político (como lo “privado”), de representación y delegación.

De todos modos, el fracaso de los proyectos de Estado del siglo XX plantea la cuestión de si es posible lograr la transformación emancipadora de las sociedades a partir de una estrategia planificada centralmente y si fuera así, si debería ser así, tomando en cuenta el carácter autoritario por definición de un proyecto de este tipo. La culminación de las modificaciones socioeconómicas estructurales que se designan con el concepto de “globalización” consiste en que la relación del capital que había constituido con el desarrollo de la sociedad burguesa la base de la forma política dominante, del Estado y por ende, también de la democracia liberal, comienza ahora a entrar en contradicción con esta última.

Hoy por hoy, las decisiones políticas relevantes se toman cada vez

más en “sistemas de negociación” mixtos e intransparentes; los Estados pasan a depender más y más de complejos empresariales transnacionales; el mundo “unipolar” implica a su vez el dominio de los Estados “fuertes” que conforman la base operativa estratégica del capital internacional frente a los Estados dependientes y débiles. Si en el transcurso de esa evolución se cuestionase la forma burguesa capitalista específica de lo político —la “diferenciación” del Estado con respecto a la sociedad, la separación de lo “privado” y lo “público”, la relativa autonomía del Estado incluso frente a las clases económicamente dominantes— y se llegara efectivamente a una suerte de reprivatización del Estado, entonces también deberían revisarse las orientaciones políticas tradicionales. El Estado nacional integrado, que en el pasado no sólo era garante del desarrollo económico de sociedades identificables sino también marco institucional de procesos democrático-liberales, se transforma en parte integral de un conjunto complejo y transnacionalizado de aparatos políticos, cuyo deber principal reside en la ejecución de “imperativos objetivos económicos” y en velar por los intereses de los grupos financieros internacionales. Con lo cual, empero, el Estado cae como instancia y referencia institucional de una política democrática. Esta evolución no necesaria-

mente debe lamentarse si se consideran los límites estructurales que impone una sociedad constituida como Estado nacional capitalista a una auténtica autodeterminación democrática. Al contrario: la crisis del Estado y de la representación política puede contener también una oportunidad, lo mismo que el fracaso del reformismo estatal socialdemócrata podría despejar el camino para un “reformismo radical”.

Por supuesto, la política estatal no deja de ser importante, tanto a nivel nacional como internacional, porque crea condiciones, impone obligaciones y tiene a su disposición un potencial decisivo de violencia. Sin embargo, esto no significa dejarse seducir por una estrategia basada en el Estado y la política estatal, ya que bajo las condiciones vigentes, ésta no puede tener por principio efecto alguno y lleva, a lo sumo, a la reproducción de las estructuras existentes de dominación y explotación. Lo que se está necesitando, por el contrario, es desarrollar estructuras propias y opciones de poder alternativos frente a la política



dominante. La intención de darle un cariz democrático en el marco de las instituciones y procesos existen-

tes se vuelve cada vez más una quimera. Incidir en la política estatal a nivel nacional e internacional se logra ejerciendo influencia desde abajo y desde afuera, mediante el desarrollo articulado internacionalmente de espacios y movimientos autogestionarios de praxis política.

Esto también rige para las relaciones de poder económico. Desde hace mucho, las empresas transnacionales que operan a nivel mundial han logrado eludir un eventual control estatal. Además, el aparato productivo capitalista presenta una tecnoestructura tan compleja, que las formas tradicionales de control político resultan prácticamente obsoletas. No es posible controlar democráticamente a redes burocráticas complejas, tecnológicamente muy bien equipadas y, menos aún, manejarlas.

Tomando en cuenta que desde la perspectiva global crece el grupo de seres humanos que el capital ni siquiera necesita como objeto de explotación y a quienes los Estados abandonan a su suerte, tratándolos a lo sumo como objetos de vigilancia, de controles, o en las intervenciones policiales contrainsurgentes, querer apelar al Estado o pretender renovarlo democráticamente en las estructuras tradicionales parece ilusorio. Hoy por hoy, una política democrática y emancipadora deberá consistir en el desarrollo de estructuras propias, con independencia

del Estado, estructuras autónomas de producción, socialización y políticas. El desafío está en el desarrollo de "economías de la vida real" (*real life economics*), como se las suele llamar con una nueva expresión por cierto también algo eufemística. Esto no vale sólo para la periferia capitalista donde a muchos mientras tanto ya no les queda otra alternativa para sobrevivir, sino que también para las metrópolis, a menos que se acepte una profundización de las nuevas estructuras imperialistas de desigualdad de una sociedad de *apartheid* global. Fácil no será, sin duda. Pues lo que se está necesitando es una profunda modificación de los modos de producción y de vida, de las pautas de consumo, de las concepciones dominantes sobre qué significa "vivir bien", de progreso y desarrollo. En vez de lamentar la falta de trabajo, se trataría de comprender que la creciente desocupación es el producto de una estrategia capitalista de racionalización, que se fundamenta en la destrucción de las bases naturales de la humanidad, que la profusión de mercancías producidas muy racionalmente bajo el régimen capitalista va cada vez más claramente en desmedro de la auténtica calidad de vida. No es que el trabajo se acabe, sino que bajo el dictado del proceso de revalorización capitalista se lo hace mal; es un dictado que impide la realización de trabajos necesarios y urgentes,

mientras que al mismo tiempo se está produciendo chatarra con cada vez mayor sofisticación publicitaria y esfuerzo humano.

EN SÍNTESIS: El desafío sigue siendo el que la envejecida “nueva izquierda” entretanto *aggiornada* a neoburguesía postmoderna ha olvidado con celo expreso: una profunda revolución cultural no sólo de la conciencia sino sobre todo de las relaciones sociales y de las prácticas concretas que subyacen a éstas. Sin esa revolución cultural, un futuro con condiciones medianamente humanas y civilizadas al seno de la “sociedad mundial” difícilmente se concrete.

Esto, sin embargo, no sucederá por generación espontánea en el curso de los procesos actuales de desintegración social, marginalización e informalización. Requiere de espacios políticos que ayuden a superar las tendencias de individualización, de fragmentación y de lucha organizada de todos contra todos a escala global; a elaborar experiencias concretas históricas y actuales a confrontar intereses reales opuestos y concepciones de orden divergentes. Es necesario dejar atrás la distinción entre movimiento “político” y “social”⁹ y de tal forma que el desarrollo de contextos organizativos y estructuras políticas autónomas se vinculen con el proyecto de revolucionar la vida cotidiana. Por eso es promisorio un nuevo tipo de movi-

miento político-social, como lo que al menos embrionariamente se conformó con los zapatistas mexicanos o los Sin Tierra brasileños. Estos enfoques y movimientos deberán evolucionar primero de manera descentralizada, a nivel local y regional, en el contexto de experiencias concretas y bajo las respectivas condiciones específicas. Pueden llegar a perdurar políticamente sólo cuando se logre articularlas entre sí, generando redes de cooperación socio-políticas autogestionarias que posibiliten desarrollar nuevas formas de acción solidaria a escala global. En vez de pretender mejorar el Estado e intervenir en la definición de la globalización capitalista, el desafío está en implementar un concepto diferente, directo y práctico de política.

Se requiere articular la liberación política con la social, que parta de experiencias y condiciones de vida concretas y trascienda al mismo tiempo las barreras nacionales y particularistas. Para esto no sirven ni los Estados ni los partidos de cualquier tipo, tampoco la versión dominante de sindicatos, en resumen, ninguna de las formas tradicionales de organización política.

Noviembre de 1999.

Traducción del alemán: Echart Dietrich y Dora de la Vega. Revisión: Katharina Zinsmeister.

Notas

¹ No es casual que, en 1998, un partido pudiera ganar las elecciones en Alemania con la promesa de hacer lo mismo que antes, sólo que algo mejor.

² Hirsch remite aquí un debate de amplia difusión en Alemania, relacionada con el atractivo que ésta posee como “localización” para la inversión productiva en el contexto de la globalización. Para que la economía nacional pueda ser competitiva frente a la de otros países, los defensores de la política de localización óptima (*Standortpolitik*) argumentan que es indispensable incrementar la tasa de valorización del capital aunque ello implique resignar logros sociales históricos. Véase al respecto Joachim Hirsch, *Der nationale Wettbewerbsstaat, Staat, Demokratie und Politik im globalen Kapitalismus*, Berlín y Amsterdam, Edition ID.Archiv, 1995. Un resumen en castellano se encuentra en Joachim Hirsch: *Globalización, capital y Estado*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, 1996, pp. 83-130. (N.d.T.)

³ Con la paz de Westfalia (1648) se estableció el principio de soberanía territorial como ordenamiento político secular. (N.d.T.)

⁴ La conceptualización del político en Max Weber rescata la estrecha relación etimológica entre “*Beruf*” (profesión) y “*Berufung*” (vocación) en alemán. Véase Max Weber, “La política como vocación”, en *El político y el científico* (Madrid: Alianza, 1967 [1919]), esp. pp. 122-130 (N. d. T.).

⁵ La falta de integración material y de consideración de los intereses reales se compensa así con la producción mediática de fantasmas (extranjero@s, parásitos del Estado de bienestar, “crimen organizado”) y apelando a una difusa solidaridad entre los integrantes reales o supuestos de una “clase media” global.

⁶ Los administradores de los imperativos objetivos suelen hablar permanentemente de

una responsabilidad que por su propia cosmovisión no pueden tener de manera alguna. Es por eso que simplemente piden disculpas cuando algo no les sale bien, para luego continuar haciendo exactamente lo mismo. De esta manera, la “sociedad de la responsabilidad” (*Verantwortungsgesellschaft*) se convierte sin signos evidentes de ruptura en “la sociedad de la disculpabilidad” (*Entschuldigungsgesellschaft*). Lamentan las “víctimas sociales” y otros “daños colaterales” y derraman lágrimas de cocodrilo por las guerras que ellos mismos impulsaron. Al adquirir la política así el carácter y nivel de un talkshow en horario vespertino, se maquilla su escasa trascendencia efectiva como simbólica con la costosa puesta en escena de la “capital” Berlín, cuyo carácter es tanto más virtual cuanto más lejos se tomen e impongan las verdaderas decisiones, sea en las casas matrices de las multinacionales o en las plazas financieras globales.

⁷ Así, por ejemplo, el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán mantiene un foro sobre “cuestiones globales” en el cual político@s, experto@s, científico@s y por supuesto también las correspondientes “Organizaciones No Gubernamentales” (ONG) cultivan un discurso abierto y crítico sobre los problemas que enfrenta el mundo —provocados, por lo menos parcialmente por ellos mismos y de los cuales, por cierto, el resto del aparato ministerial puede hacer caso omiso. El gobierno ocupa incluso a un comisionado de derechos humanos; lo que no le impide suministrar tanques al régimen torturador turco por razones geoestratégicas e instrumentar una política migratoria y de asilo con rasgos propios de la barbarie.

⁸ Véase nota 1.

⁹ Como se la hace p. ej. al comparar los antiguos movimientos nacionales de liberación en la periferia con los “nuevos movimientos sociales” en las metrópolis.